

Dicen que era un matrimonio que no tenía familia. Ya llevaban muchos años de casados. Una noche se pusieron a cenar y, como siempre, preparó ella tres huevos pasados por agua: uno para ella y dos para su marido. Pero aquella noche no sé qué bicho le picó a la mujer, que dice:

—Mira, ya estoy harta de que todas las noches te comas tú dos huevos y yo uno. Esta noche va a ser al revés: tú uno y yo dos.

—Ni hablar. Yo dos y tú uno. Como siempre.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo digo yo y en esta casa la autoridad la tiene el marido.

—Pues ni hablar. Esta noche, tú uno y yo dos.

—Que no.

—Que sí.

Bueno, pues estuvieron discutiendo un rato y ninguno daba su brazo a torcer. Ya cansado el marido, dice:

—Como insistas, me muero.

—Pues muérete.

Entonces él se hizo el muerto y la mujer salió a la calle gritando:

—¡Ay, que mi maridito se ha muerto! ¡Ay, que se me ha muerto!

Vino el cura y le prepararon el entierro. Ya lo llevaban para el cementerio, y la mujer se acercaba a las andas, diciendo:

—¡Dejadme que lo bese por última vez!

Y con este pretexto se le acercaba a la cara y le decía al oído:

—Tú uno y yo dos.

Y contestaba el otro muy bajito:

—Yo dos y tú uno.

Y el entierro seguía. Ya llegaban al cementerio y otra vez se acercaba ella:

—Mira que voy a dejar que te entierren.

Y el otro:

—La autoridad es la autoridad: yo dos y tú uno.

Conque llegaron al cementerio. Lo bajan de las andas y ya van a ponerlo en la sepultura. Otra vez ella, gritando, se le echa encima y le dice al oído:

—Por última vez. Tú uno y yo dos.

—Ni hablar. Que me entierren.

Y como ya lo iban bajando, dice ella:

—¡Está bien, cómete los tres, pedazo de animal!

Y entonces él se incorporó de un salto y gritó también:

—¡Qué me como tres, que me como tres!

La gente, que no sabía lo que estaba pasando, echó a correr atemorizada, y un cojo que iba en la comitiva decía:

—¡No corráis tanto, hombre, por lo menos que pueda escoger!